



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

¡ALBRICIAS! El ambiente es de júbilo. La euforia se refleja en todos los semblantes. La Princesa ya no está triste. Justo Luis ríe. Pardo Llada, siempre malhumorado hasta para pedir café con leche a su secretario, le ha infiltrado a su palabra impetuosa, acentos melifluos.

El tinte sombrío de tragedia que oscurecía el panorama nacional, se ha tornado en el rosicler de una alborada gloriosa. ¡Oh, mágico poder de las breves líneas de una epístola!

"Han leído su carta. ¡Qué elegante!
¿Dónde su pluma su lenguaje toma?"

repetirán los líderes políticos de uno y otro bando, tro años infecundos de querellas, censuras, amenazar a afanosamente a los tarugos con escobas y zetas y conspiraciones.

Y en un futuro muy próximo se reunirán las respectivas comisiones en el salón de bailes del "Muy Ilustre Centro Gallego" o en el ring del Palacio de los Deportes, donde unas veces Puppy García luce sus habilidades boxísticas o en otras ocasiones los elefantes del Circo Ringling hacen trabajar afanosamente a los tarugos con escobas y recogedores. También podría escogerse los jardines de La Tropical o la cancha del Frontón Jai Alai. ¿Qué más da? El punto de reunión es lo de menos. Acaso los más peligrosos sean los puntos de la reunión.

x x x

El presidente de la comisión gubernamental, llevando la voz cantante por todos sus compañeros, apenas se abra la primera sesión, se levantará solemnemente de su asiento y comenzará:

—Cubanos ilustres, ciudadanos insignes, compañeros: la madrugada histórica del 10 de Marzo de 1952 marca para Cuba el inicio de una nueva etapa de bendición. Ante tanto vicio, ante tanta corrupción que amenazaba destruir los más firmes cimientos de la Patria, un hombre temerario, un arriesgado ciudadano; un patriota ejemplar...

El delegado opositorista, llevando la representación de los demás sectores para que vean que es cierto lo de la unidad, interrumpirá...

—Permitame, el compañero: puede ahorrarse el discursito. Nos lo sabemos de memoria. Apenas si lo hemos oído veces.

G.—Lo comprendo, pero es necesario repetirlo. Y bajando el tono de voz, agregará confidencialmente. Después de todo, yo pienso igual que usted, pero no me queda más remedio...

O.—No, no: si yo se lo decía por ganar tiempo...

Por lo demás, no me importa... Es más: ¿quiere que le sea franco?... Si tiene oportunidad de ver al General, le dice de mi parte que yo creo que en el fondo él es un buen gobernante.

G.—¿Y por qué no lo dice públicamente?

O.—¿Decirlo en público? ¿Usted es bobo?... A la gente hay que dormiría con otro cuento.

G.—No obstante, en estos días ha habido un destacado opositorista que es al mismo tiempo una gran figura literaria que ha hecho declaraciones parecidas.

O.—No lo dudo, pero si un literato dice eso, todos exclaman: ¡Qué talento!... En cambio, si es un político quien lo proclama, el vulgo asegura: ¡Está tramitado!

G.—No habrá problema entonces... Le guardaré el secreto.

O.—Muchas gracias. Y créame, si yo no estoy del lado de allá, fué porque ese día, precisamente, me levanté tarde y cuando me vine a enterar de todo, ya no dejaban pasar ni por los alrededores.

G.—Yo en cambio tuve la suerte de conocer el asunto a tiempo.

O.—¿Madrugó mucho?

G.—Al contrario... No me había acostado... Estaba en el club jugando al bacarat.

O.—¿Y estima usted que el General esté dispuesto a conceder elecciones?

G.—De todas clases... Generales, parciales, al contado o a plazos.

O.—Un momento... Si por fin se celebran las parciales, dígame que nos reserve unas cuantas actas de representantes, tres gobiernos provinciales y varias Alcaldías, incluyendo la de La Habana para... (AQUI UN NOMBRE PROPIÓ QUE NO HACE AL CASO).

G.—¿La Alcaldía de La Habana, Pero ¡si ese señor ha hablado muy mal de mi jefe!

O.—No importa... También en cierta ocasión habló mal del mío y ya comen juntos en la misma finca.

G.—Está bien. Me ocuparé del asunto y le diré al General que ustedes aceptan lo que él concede.

O.—Por supuesto... Eso era únicamente lo que esperábamos, para quedar bien.

Y no se podrá continuar la sesión. Fuertes ruidos llegarán del exterior. Será la voz de la calle.

Y un espíritu burlesco

que en esa reunión había
al oír tal opinión,
se reía, se reía.

